



MAESTROS Y HOMBRES.—En los tiempos de dogmatismos herméticos y también en los de comprensiones asimilativas, los hombres han buscado siempre para justificación de sus dogmatismos y sus comprensiones el argumento de autoridad. Un argumento de autoridad vivo y concreto en el hombre rector indiscutible: el maestro.

Es una nueva y vieja y difícil profesión la de ser maestro: hombre pináculo, señalador de caminos, juez de situaciones históricas y suprahistóricas, tribunal supremo unipersonal. Dirá «verdadero» o «falso»; dirá «culpable» o «inocente». Y los discípulos del maestro afirmarán veracidad o falsedad, culpabilidad o inocencia.

Por eso nos da miedo esta empresa cotidiana de buscar maestros. Porque encontrar un maestro de hombres es difícil, y desconfiamos de los descubrimientos fáciles, y de esos que se llaman magisterios indiscutibles.

Maestro de hombres sería para nosotros el maestro que abarcase unitariamente todas las parcelas del hombre. Y el hombre es estilo, y es método, y es finalidad. Sobre todo finalidad y destino. Hombre realizador estilista de su ser, y realizador metódico de empresas externas, proyección de su ser. Y conquistador de un destino hacia el que ha encauzado la aventura de la vida con su estilo y con su método.

Para ser maestro del hombre así entendido no nos bastaría el dador de conocimientos y de cultura, ni el que derrocha humanidades, filosofía y ciencia. Como no nos bastaría el que sólo instaaura un pensamiento o una intelectualidad nueva, vuelta de espaldas a tales o cua-

PROYECCIÓN

les tendencias, y dando frente a una vitalidad que cree remozadora de una vida paralítica y caduca. Ni sería suficiente el maestro elegido por su falta de perfil íntegro y definitivo; un maestro que pudiera izarse fácilmente como bandera de mentalidades superadas ya.

Ser maestro, serlo de verdad, es así:

Un creador de situaciones claras, exactas y definidas, con una línea humana tan amplia como lo humano, y tan recta como lo razonable. Situaciones que descubran al discípulo un estilo propio de ser, un encuentro con su personalidad, que renace en legítima fecundidad vital y unitaria.

Un desbrozador de caminos auténticos y derechos. Dador de métodos para la acción; engendrador del pensamiento vital, semilla de una actividad bienhechora.

Un descubridor del propio destino temporal, finalidad social y comunitaria de cada uno, dentro de la integración total de mi nación, mi empresa, mi universidad. Y descubridor del común destino, eterno y trascendental, ese que lleva a cada hombre hasta los brazos de Dios.

Ante el paradigma del verdadero magisterio indiscutible, aparecen las limitaciones y estrecheces de los que han reducido el magisterio a una o a dos zonas y han olvidado la zona definitiva del hombre.

Posible limitación en posibles maestros pasados o venideros, que nos da miedo, ese miedo ante las cosas y los hombres que es experiencia y es madurez.

Miedo o desencanto, aunque esos hombres señalados para el magisterio, hayan sido eminentes en la primera zona o en la segunda. No pueden ser maestros de hombres, maestros de generaciones, si han ignorado la zona definitiva, la del destino trascendental.

Si el hombre que se alza con el magisterio es un hombre de buena voluntad, pero desconocedor de la ruta hacia lo trascendental, será un pequeño maestro, tal vez un iniciador, quizás un precursor, pero no es el maestro.

Si el hombre que se alza con el magisterio conociera su misión de encauzar a otros hacia la totalidad que desemboca en Dios, y culpablemente desviase el cauce de los hombres, o estancase en esclusas brillantes e infecundas la acción y la vida de los discípulos, ese hombre traicionaría a sus discípulos y traicionaría su empresa.

PROYECCIÓN

Esa palabra universidad, (universus, versus unum), define la acción del maestro verdadero, el que ha sabido señalar al hombre, en su destino último, la convergencia de su estilo y de su método; el que ha dado sentido universal a las cosas y fidelidad a la más legítima misión universitaria, misión totalizadora del hombre y de la vida.

Maestro universitario es el que lanza a un hombre concreto por un camino personal, intransferible e irrepetible, y lo lanza certeramente a la aventura de la vida total. Al hombre total que no es sólo inteligencia y voluntad, sino que es inteligencia, voluntad y destino. A la vida total que no es sólo ideas, cosas, sociedad, ni siquiera universo, sino que es ideas, cosas, sociedad, universo, Dios.

